ANIMALES DESCONOCIDOS

COLOCANDO una gota de agua bajo la lente de un poderoso microscopio, vemos que en ella bulle un mundo de corpúsculos vivos, y nos sorprende, en verdad, que en una gota que parecía tan limpia y exenta de vida, se agiten en tanto número seres de distintas formas y tamaños; cosa casi increíble y que difícilmente admitiríamos, a no revelárnoslo aquel instrumento. Y si esa pequeña gota encierra tales misterios, ¿qué no habrá en todo el mundo, del cual es una partícula insignificante?

En un jardín, si se recorren sus cuadros y céspedes, no parece que entre aquellas plantas y aquellas flores se oculte misterio alguno. Fuera de los pájaros, al pronto no se ven otros seres vivientes. Pero, luego, el salto de alguna rana denuncia la presencia de estos batracios, con lo que se empieza a sospechar que la soledad del jardín no es tanta como al principio pudiera presumirse. Y, en efecto, a poco que se detenga el observador, se convencerá de que allí la vida animal es tan interesante como podría serlo la de un parque zoológico. Los ratoncitos, que huyen presurosos al ruido de las pisadas; las lagartijas, corriendo veloces por las paredes y por las ramas y los troncos de árboles y arbustos; las mariposas, que vuelan de flor en flor; las industriosas hormigas, y miriadas de insectos y gusanos, animan aquel espacio que antes parecía desposeído de vida animal. Al entrar en el jardín, acaso creía el visitante que iba a estar solo, y, a poco de permanecer allí, se encuentra acompañado de más seres vivos que personas hay en todo el género humano, puesto que en cada centímetro cúbico de terreno hay más de 100.000 microbios, los cuales, por cierto, son en su mayoría beneficiosos para las plantas.

Las especies y variedades de insectos y de formas vivas microscópicas son tantas que, aun prescindiendo de las que aun no han clasificado los naturalistas, superan en mucho a las de todos los animales vertebrados: mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces.

Lo cual puede tenerse por cierto, sin embargo de no conocerse aún todas las especies de vertebrados, como lo prueba el hecho siguiente: Durante centenares de siglos ha podido vivir en África, enteramente ignorado, un hermoso animal llamado okapi. Hace pocos años, cualquier zoólogo eminente hubiera dicho que tenía noticia de todos los mamíferos del Viejo Mundo; y, sin embargo, había uno por descubrir, un animal mezcla de jirafa y gacela. Algunos europeos han ido a África expresamente a buscar el okapi en los bosques en donde se sabe que habita; pero no han logrado ver ni un ejemplar vivo.

Se tuvo noticia de este animal por primera vez, de un modo algo novelesco. Los cuentos infantiles y los relatos de viajes fantásticos mencionan frecuentemente a los pigmeos; pero nadie creía que tal pueblo existiese.

No han faltado nunca enanos en el mundo; mas esto no era prueba de que hubiese una raza cuyo distintivo fuese su corta estatura. Sin embargo, tal raza se descubrió en el corazón de África, y un oficial inglés, el mayor Powell Cotton, quiso hacer su viaje de bodas por esas regiones, para que viera su joven esposa aquellos raros tipos de tan exiguo tamaño. La señora era valiente; la expedición no la asustó, y cuando su marido hubo de internarse en las selvas para cazar animales raros, ella se quedó sola entre los pigmeos. Este curioso pueblo era el único que tenía noticia del extraño animal, en cuya existencia no creían los naturalistas. Los pigmeos conocían perfectamente las costumbres del okapi. Sabían que el alimento especial de que se nutre no se encuentra fuera de aquellos bosques. Érales, además, bien conocido que es un animal tímido, silencioso y solitario, que al olfatear desde muy lejos al hombre, se apresura a ponerse en salvo, huyendo a lo más espeso de la selva, a donde ni aun los pigmeos pueden seguirle. Pero aquellos hombrecillos no ignoraban que hay momentos en que es posible aproximarse al animal y herirlo mortalmente, disparándole una flecha envenenada de las que ellos usan.

El okapi, descubierto en 1899.

Este fué el conducto por donde atrevidos cazadores se enteraron de que los sabios no conocían aún todos los secretos de la Naturaleza.

Merece también recordarse que este mismo viajero permaneció algún tiempo entre hombres que viven en las cavernas africanas. Halló una clase de trogloditas agrupados en tribus de cuatro o cinco familias, vestidos de pieles y que habitan en las grandes excavaciones naturales, como los antiguos pobladores de la Europa salvaje, que compartían el suelo con el mammut, el oso y la hiena.

Todo esto demuestra que aun no se han borrado todos los vestigios del mundo primitivo y que todavía hay cosas dignas de verse y conocerse: animales selváticos de los que nunca se había sabido nada; hombrecillos en los bosques, como los pigmeos de los libros de cuentos; familias que habitan en cavernas, como los primitivos representantes del género humano, y otras que, en compañía de sus animales domésticos, viven entre los hielos eternos, como vivieron los hombres de la Edad Glacial.

Los hechos citados permiten suponer que todavía quedan por descubrir muchas reliquias de lo pasado, que, profundamente escondidas en parajes apartados de todas las vías usuales en los distintos países del globo, jamás han sido vistas por los viajeros ni por los cazadores. Y aun se podría preguntar si ciertos monstruos antediluvianos, que se suponen extinguidos, no viven actualmente en algún escondrijo inaccesible.

Existen en la actualidad escorpiones enteramente análogos a los más antiguos de que se tiene noticia.

El ornitorrinco, curioso mamífero de cuerpo cubierto de denso pelaje, pico de ave y extremidades provistas de membranas natatorias, que también le

sirven para excavar la tierra, vive hoy en Australia y conserva la misma forma de sus antepasados, que fueron de los primeros que aparecieron en el globo. Muchos años transcurrieron hasta que los blancos dieron crédito a la historia que los indígenas australianos contaban de este ovíparo animal; y cuando, al fin, un europeo lo encontró y pudo conocer sus costumbres, apresuróse a cablegrafiar la noticia a Europa y América, con idéntico entusiasmo con que pudiera haber anunciado el descubrimiento de un nuevo continente.

Tenemos también la *tuatera* (*Hatteria punctata*), reptil como un lagarto, que habita en las islas del nordeste de Nueva Zelanda y que no ha cambiado en el transcurso de las edades su forma primitiva, en tanto que otros lagartos se han modificado considerablemente. Hay más diferencia entre la tuatera y el lagarto ordinario, que entre éste y la serpiente. La tuatera es el único animal del mundo que tiene aún tres ojos. En la parte superior de la cabeza, bajo un pliegue o arruga que le inhabilita para la visión, se encuentra ese tercer ojo que, según se dice, tuvieron todos los animales en otro tiempo.

Mrs. Powell Cotton, que vivió durante algún tiempo entre los pigmeos.

Y los naturalistas se preguntan: Si esos dos animales, junto con el equidna u hormiguero espinoso (otro animal que, en realidad, tampoco ha variado), han podido conservar sus primitivas formas a través de tantos millones de años, ¿no habrán sobrevivido hasta nuestros días otras especies de las edades pasadas? Y en la esperanza de que así sea, envían a las regiones inexploradas viajeros encargados de registrarlas, o ellos mismos abandonan sus libros y se ponen en camino. Una de las más interesantes entre estas expediciones, fué la emprendida hace algunos años en busca del perezoso gigante de Patagonia.

El cuerpo de esta curiosa bestia era tan grande como el del elefante, y cuando se sentaba sobre sus fuertes patas traseras—para doblar las ramas altas de un árbol y comer,—medía más de cuatro metros de altura. Era el rey de la fauna sudamericana en la época en que el mastodonte y el mammut imperaban en la América del Norte. Nadie sabe por qué se extinguieron. Algunos lo han explicado por el enorme número de guanacos que existían entonces en Sudamérica, los cuales, a fuerza de devorar los renuevos de los árboles, acabaron por destruir todos los bosques en que habitaba el perezoso. Las cabras aniquilaron los árboles de las montañas de Grecia y de las llanuras cercanas al Mediterráneo, convirtiéndolas en eriales. Lo mismo pudieron hacer los guanacos en las regiones sudamericanas en que vivía el perezoso. Sin embargo, no se explicaría de igual modo la desaparición del caballo. En otro tiempo hubo en el Nuevo Mundo un número muy considerable de animales parecidos a los caballos actuales. Pero cuando desembarcó allí el primer hombre blanco, el noble bruto era desconocido. Se trata de uno de tantos misterios que por ahora no podemos desentrañar.

Como quiera que sea, los naturalistas enviaron una expedición, creyendo que

el perezoso gigante existiría aún en algunas partes remotas de Sudamérica. No tuvo buen éxito esta tentativa; pero ahora sabemos que estos grandes monstruos vivían en las cavernas con el hombre, el cual los criaba y cuidaba, como hoy lo hace con los animales domésticos, pues se han encontrado en varias guaridas los residuos de la hierba que el hombre de aquellos tiempos cortaba para mantener a los monstruos.

Las primeras noticias de los animales desconocidos suelen adquirirse por conducto de los indígenas del país en que aquéllos viven. Por consiguiente, se debe prestar mucha atención a todas las historias de los bosques, desiertos, etc., que refieran los habitantes de las distintas regiones de una gran comarca. Durante mucho tiempo no se hizo caso de los cuentos indígenas relativos a los pigmeos, a los hombres de las cavernas, al okapi y al ornitorrinco; pero, según hemos visto, no eran invenciones. Estos hechos dan la razón a los que sostienen que hay visos de posibilidad en las historias maravillosas que se refieren de un monstruo horrendo que vive actualmente en los pantanos de Rodesia, en África. Menges, un viajero fidedigno, fué el primero que, hace ya muchos años, oyó este relato de boca de los indígenas africanos. Volvió a hablarse de ello algunos años después, cuando un gran importador de fieras, Herr Carlos Hagenbeck, recibió noticias del mismo monstruo por dos conductos diferentes: llegaron éstas a oídos de uno de sus cazadores, que había visitado a Rodesia; e, igualmente, fué informado del caso un viajero inglés que había atravesado el mismo país, por un camino diferente del seguido por el representante de Hagenbeck. Según la descripción de los indígenas, trátase de un monstruo corpulento, « medio elefante y medio dragón », que vive en las grandes ciénagas del interior, cuya superficie es de algunos centenares de kilómetros cuadrados. Además, ciertos dibujos que pueden verse en las cavernas de Rodesia, demuestran, o que los naturales poseen una rica imaginación, o que han visto positivamente al monstruo. Sabemos que en las pasadas edades se dibujaban en la roca, en el marfil y en las paredes de las cavernas, muchos y variados perfiles de rengíferos, osos, mammutes y otros animales contemporáneos de aquellos hombres, y se han encontrado esqueletos de todos estos animales, mezclados con los restos de los autores de los dibujos.

EL PEREZOSO GIGANTE

Hace algunos años, una partida de cazadores ingleses salió en busca de este monstruo de Patagonia, pero no pudo dar con él.

Herr Hagenbeck cree que, en efecto, ese animal existe al presente, en las extensas y silenciosas lagunas africanas; y envió una expedición con la misión de capturarle. Pero estos viajeros sucumbieron víctimas de las fiebres endémicas y de los furiosos ataques de los salvajes sedientos de sangre, y la empresa fracasó. A pesar de ello, Hagenbeck, en un libro que ha escrito, titulado *Los Animales y el Hombre*, dice que espera aún demostrar la existencia del monstruo. A su juicio, éste debe ser semejante al

REPTIL GIGANTESCO, QUE QUIZAS EXISTA ACTUALMENTE

Algunas tribus africanas creen en la existencia de una espantosa bestia, mitad dragón, mitad elefante, y dicen que habita en los inmensos pantanos de Rhodesia septentrional. En Europa hay también quien afirma que ese animal debe ser el monstruo prehistórico llamado brontosaurio, y que acaso viva aún en dicha extensa y despoblada región. El grabado representa un brontosaurio (nombre que en griego significa « lagarto del trueno »), el cual hace muchos siglos habitó también en las Montañas Rocosas, en América.

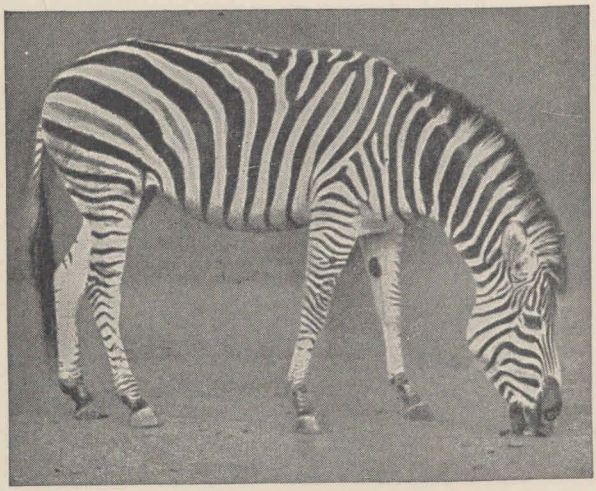
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

extinguido brontosaurio, que tenia más de veinte metros de largo, y su peso era superior a treinta y cinco toneladas. Se alimentaba de plantas lacustres y vivía parte del tiempo en el agua y parte en la tierra; datos que, por supuesto, concuerdan con las noticias facilitadas por los indígenas de Rodesia.

Hay quien cree que la *cuaga*, un pariente de la cebra, cuya especie se supone extinguida, vive aún; que existen algunos ejemplares que se ocultan para esquivar a los cazadores, sin dejarse jamás sorprender. Se busca todavía fatigosamente a los últimos representantes del *moa* (*Dinornis*), ave gigantesca de Nueva Zelanda, en la firme creencia de que los indígenas de aquellas islas dicen la verdad al asegurar que estos animales recorren aún las montañas del interior. Igual esperanza anima a los que admiten que en alguna de las islas menos frecuentadas del Océano Índico, quedan, con seguridad, uno o dos *didos*, pájaro de figura bastante extraña, y del que no se ha visto ninguno vivo desde fines del siglo XVII.

El takín, desconocido hasta hace poco.

Los cazadores indios hablan aún, de vez en cuando, de una manada de mammutes que vive y prospera en Alaska, en los confines del Océano Glacial Ártico. Y tal vez se compruebe la verdad del hecho. Hace muy poco tiempo, se vió por primera vez en Europa el *takín*, animal entre el antílope y la cabra. Dado su tamaño, no se hubiera dicho que pudiera pasar inadvertido. Tiene algo más de un metro de altura, y está armado de astas poderosas y suficientes para matar a un hombre. Pero se ha ignorado hasta ahora su existencia, a causa de haber vivido retirado en las montañas del Tibet, país que siempre fué poco seguro para los europeos.



LA CUAGA